



Observación y moralismo

EL PLACER DE ODIAR

WILLIAM HAZLITT

POSTFACIO, CRONOLOGÍA Y BIBLIOGRAFÍA
DE JORDI DOCE

TRADUCCIÓN DE MARÍA FAIDELLA
NORTESUR, BARCELONA, 2009
96 PÁGINAS, 9 EUROS

JUAN MALPARTIDA

El pintor y escritor inglés William Hazlitt (1778-1830) vivió en los inicios de la crítica literaria en su sentido moderno, que en su propio país tenía a Samuel Johnson como iniciador, y que el mismo Hazlitt contribuyó a desarrollar. Aunque vinculado al grupo de los poetas lakistas, le dieron de lado por razones diversas. Pero tuvo un amigo hasta el final, el bueno de Charles Lamb. Hazlitt escribió posteriormente algunas páginas sobre el autor de *El preludio*, que no están precisamente asistidas por aquello que Eliot pedía al crítico como método, una buena inteligencia, aunque coincide con Eliot en tener en poco la capacidad reflexiva de Wordsworth. A un escritor hay que recordarlo por lo que hizo bien, y Hazlitt fue un aguerrido cronista político, un estudioso de Shakespeare, agudo observador de los usos y costumbres de su tiempo; en fin, un notable crítico de poesía asistido –como nos recuerda Jordi Doce en el epílogo a estos textos– por un estilo ágil de periodos cortos y rotundos, ajeno a la prosa demasiado escrita, apoyada en la sintaxis latina, que tanto atraía a sus maestros. Doce nos indica algo más respecto a lo que aporta Hazlitt, que es propio del romanticismo: incorporación de la subjetividad, «la mirada de un yo egotista que se busca y afirma en el análisis».

Además del texto que da título al libro se recogen «Sobre el sentimiento de inmortalidad en la juventud», «Por qué nos gustan los objetos distantes» y «Sobre la moda». Su ensayo sobre el odio lo escribió cuatro años antes de morir y contiene algunas frases notables, aunque no es una pieza aguda de psicología, a pesar de que Hazlitt fue un buen observador de los recovecos humanos. Ve en el odio una fuente inagotable de placeres, cuya fuerza se mantiene alimentándonos, porque, a diferencia del amor o la amistad, es inmortal. La mayoría de las citas de autoridad las extrae de su admirado Shakespeare, de quien había hecho una lectura psicologista, atenta a la envidia, el rencor, la cobardía, etcétera. Lector de los pensadores franceses del XVIII, Hazlitt oscila entre la observación psicológica y el moralismo; pero a diferencia de muchos moralistas él mismo es motivo de su escarnio, pero no sin orgullo final: ¿no tenía él motivos para odiarse y despreciarse? «Sí –nos responde–; sobre todo por no haber odiado y despreciado al mundo tanto como debía». ■